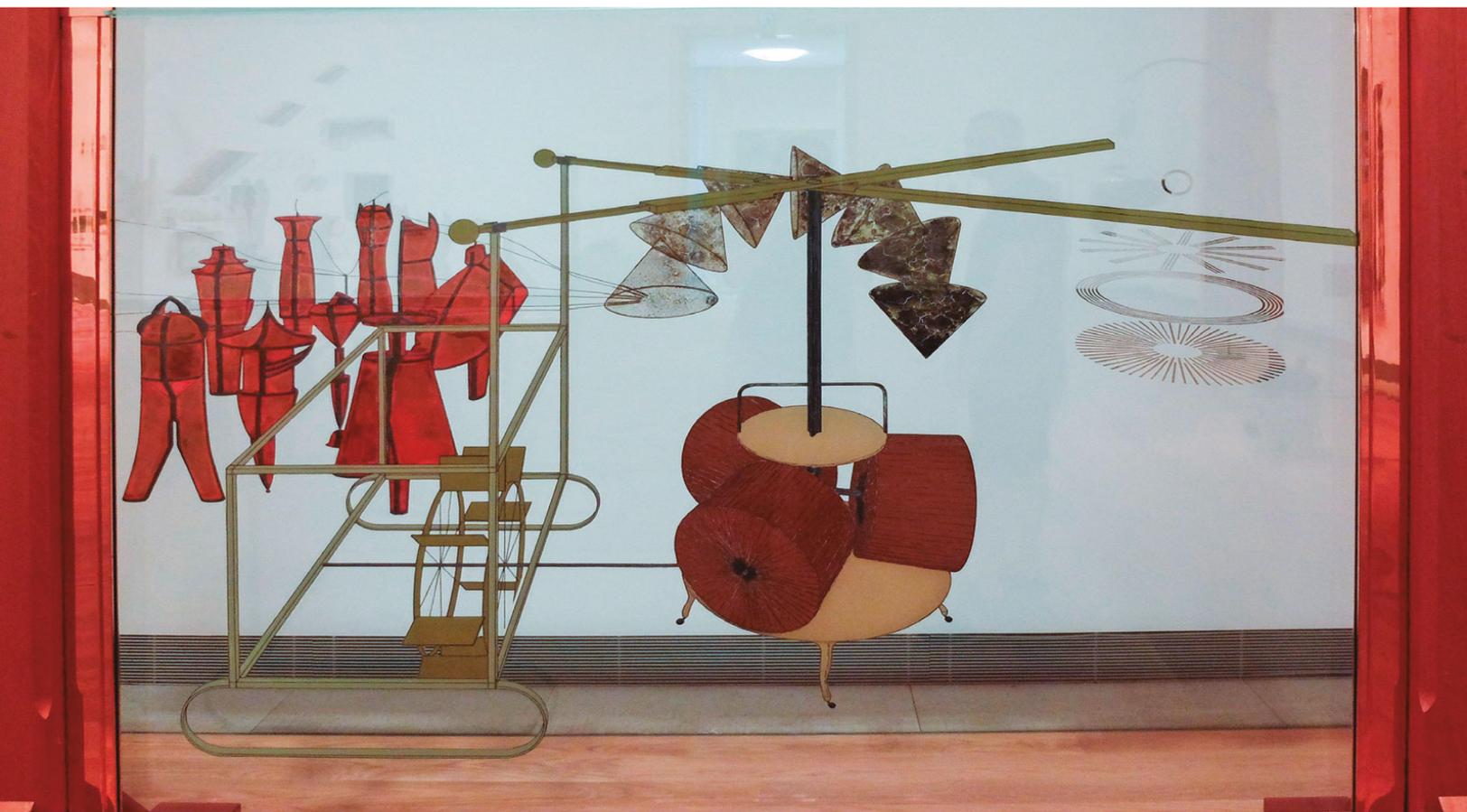


Esthela Solano-Suárez

Tres segundos con Lacan



GREDOS

Esthela Solano-Suárez

Tres segundos con Lacan

GREDOS

Director de la colección:
VICENTE PALOMERA

© Esthela Solano-Suárez, 2021.
© del prólogo: Vicente Palomera, 2021.
Traducción de los textos: Rosalba Zaidel Berger.
© de esta edición, RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2021.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2021.

RBA · GREDOS
REF.: GEBO558
ISBN: 978-84-2499-925-4

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

por

VICENTE PALOMERA

Del mismo modo que Lampedusa dijo que Stendhal había conseguido resumir una noche de amor en un punto y coma, podría decir que Esthela Solano-Suárez ha conseguido en tres segundos con Lacan resumir qué significa «saber leer de otro modo».

En efecto, desde el inicio, y no sin mucho trabajo, ella logra transmitirnos las consecuencias de su análisis con el doctor Lacan, presentándonos al Lacan analista, encarnado, operando con su cuerpo, prodigando una presencia en acto. Es un análisis que transcurría en los tiempos que se conocen como su «última enseñanza». Son años en los que, al hablar de la interpretación, Lacan señala que «Lo que dice el analista es corte. El analista participa en la escritura [...] escribe de manera diferente para que, por la gracia de la ortografía, por un modo diferente de escribir, suene otra cosa distinta de lo que es dicho, lo que es dicho con la intención de decir».^[1]

Que la interpretación se apoye en el equívoco homofónico no significa que el analista se libere a un ejercicio de juego de palabras. Al contrario, a partir del momento en que practica un corte en la frase enunciada por el analizante, el analista hace valer otro modo de escribir, hace resonar algo que no tiene ninguna relación con la intención de significación.

El análisis consiste en hacer pasar la palabra del analizante a la escritura y decir que el analista participa en la escritura, implica que se hace responsable de hacer corte en la articulación significativa para pasar el significante del lado de la letra.

Este libro muestra que el psicoanálisis es una práctica que convoca a hacer una lectura singular, una lectura que subvierte los dichos abriendo a la dimensión del decir. Lo que se dice es ya una lectura de lo que se escucha, pero, en lo que se dice se elude lo real de lo que está en juego en el decir.

No hay lectura que no tenga el límite en un «no hay» para leer. En efecto, lo que se lee encuentra siempre el límite de lo que no se lee como real que no cesa de no escribirse. Y precisamente, al final de la cura, se impone hacer algo con lo que no se lee: el analizante cesa de interpretar habiendo disipado las ficciones del ser que recubren la existencia del Uno solo de *lalengua* que impactó en el cuerpo, dejando una marca de goce. Cernir la singularidad de un modo de gozar despeja el *sinthome*, resto infranqueable, que no cesa de escribirse, una vez vaciados los oropeles de sentido con los que el lenguaje entreteje los laberintos del síntoma. Un análisis es un asedio a lo indecible para alcanzar lo que se escribe como *sinthome* en el lugar de lo imposible de escribirse como ley de la relación entre los sexos.

Lo que a Lacan le ocupaba era que lo que no se puede decir se pueda cernir haciendo uso de la letra, de ahí su recurso a la lógica. Orientar la experiencia analítica hacia lo real, es decir, hacia lo imposible de lo sexual, supone la caída de los semblantes que velan el acceso al imposible en juego, del cual procede para cada uno un goce que no se colectiviza. Este camino no es posible sin el acto del analista.

Este libro de Esthela Solano-Suárez testimonia precisamente cómo la interpretación es un camino que transita entre un decir de lo que puede leerse del inconsciente y una escritura de lo que no se da a leer, que Lacan llamó «lo real». Ella nos muestra que, desde el momento en que como analizante se convertía en intérprete de eso que ya había operado, acabó comprometiéndose a hacer una relectura. Este compromiso la ha acompañado siempre a lo largo de su dilatada trayectoria como analista y como docente.

En el tiempo de preparar la edición de este libro, supe que Esthela había asistido a las I Jornadas de Psicoanálisis que tuvieron lugar en Barcelona, en 1977. Igual que Oscar Masotta, ella llegó a Europa en 1975. Eran los años oscuros para Argentina. Masotta había ido a ver a Lacan justo en el mismo momento en que Esthela tenía su primera cita con él. En el curso de dicha entrevista, Lacan le preguntó a Esthela por qué quería hacer un análisis con él y no con Masotta. La pregunta la dejó pasmada y le respondió que, si bien conocía los textos de Masotta, nunca había pensado en él como analista. A su vez, Masotta dejó una carta en el domicilio de Esthela, diciéndole que Lacan le había dado su dirección y que quería encontrarse con ella. Cuando se encontraron, Masotta le dijo riendo: «Lacan me dijo que había recibido a una señora de Córdoba, que le

había dicho que no lo conocía». Masotta respondió que era posible, ya que a él lo conocían más en Buenos Aires que en Córdoba. El malentendido estaba motivado por la creencia de Lacan de que Masotta era originario de Córdoba. Así fue como Esthela simpatizó con Masotta, que le invitó años después a aquellas primeras Jornadas que tuvieron lugar, en la Fundación Miró, de Barcelona, el 25 de febrero de 1978.

Esta anécdota me recordó que yo estaba entonces acercándome al psicoanálisis y asistí, también, a esas I Jornadas de Psicoanálisis, organizadas por la Biblioteca Freudiana de Barcelona. Entonces no conocía aún a Oscar y a Esthela aún pasarían algunos años antes de conocerla; sin embargo, al escuchar esta divertida historia pensé en lo que suele ocurrirle a los enamorados, que no pudiendo concebir que en alguna época no se hayan conocido, construyen, recurriendo a los puntos de apoyo más endebles, encuentros y relaciones anteriores.

1

TRES SEGUNDOS CON LACAN

Ese día, como cada día a las seis de la tarde en punto, llego a la calle Lille número 5 para mi sesión de análisis. Después de algunos minutos de espera, Lacan me hace pasar a su consulta.

Le digo: «Soñé con una mujer que venía a París...».

A lo que él enseguida responde: «Eso es», mientras, levantándose de su sillón de analista y con un gesto decidido, abre la puerta y yo salgo de su consulta.

Una vez más no he podido relatar todo el texto de mi sueño. ¡Solamente llegué a pronunciar una frase corta, muy corta, anunciando el tema del sueño! Pero el relato de mi sueño implicaba una continuación. Sin embargo, una vez más, por el corte tajante practicado por el analista, mi sueño se vio amputado de su trama, de su puesta en escena, de sus desplazamientos, de sus condensaciones. Una vez más no tuve más que un trozo de frase entre los labios y la sesión se terminó. Mi sueño se redujo de hecho a una frase interrumpida, nada más. Si hubiera podido ir hasta el final del relato habría expuesto una serie de

aventuras vividas en París por la mujer mencionada, poniendo seguramente en escena algo del orden de su embrollo.

Pero no, nada de eso. Era desesperante. ¿Cuánto tiempo había durado esa sesión? Ni tres segundos, «el tiempo de decir *one*».

Iba todos los días a mis sesiones, según la condición que el analista había determinado a poco tiempo de comenzar el análisis con él. Esperaba con frenesí el momento del encuentro, soñando con hablarle del tema que podría suscitar su interés, pero día tras día él constreñía la intención de significación de mi balbuceo.

Para la joven que yo era en esa época, las sesiones con Lacan eran absolutamente traumáticas. Por su manera de operar, el encuentro y la espera del encuentro eran fuente de angustia, al no poder tener una idea de antemano que correspondiera con lo que realmente ocurriría con Lacan; más allá de la regularidad diaria de cada encuentro, no había ninguna forma de rutina. Su práctica se regía por lo imprevisible. Cada sesión era única y en ruptura de la continuidad con la precedente.

De modo que cada día me hallaba confrontada con la experiencia del fuera-de-sentido más radical. ¿Cuánto tiempo iba a poder sostener mi perseverancia? Todos los días me lo preguntaba. Quería proseguir y al mismo tiempo quería escaparme y salir corriendo. Lo que más me desconcertaba era la expulsión del sentido con la cual su práctica me confrontaba. Yo no entendía en ese momento que una experiencia de análisis girara al reverso del principio de la asociación libre, que desde mi lugar de analizante no pudiera hablar de todo aquello que atravesaba mi espíritu. Que no pudiese tomarme el tiempo necesario para desarrollar allí mis pensamientos. Sin

embargo, perseveraba y regresaba una vez más cada día, porque le suponía un saber hacer, cuyos principios me resultaban opacos.

Después de todo, si me encontraba con él era desde luego porque le había pedido que me recibiera, porque yo quería ir más allá del punto en el que se concluyó mi análisis anterior.

En el curso de la adolescencia me había encontrado con un punto de real bajo el modo del mal encuentro, de la contingencia. Este *troumatisme* (agujero-trauma) me aspiró, eyectándome de la escena del mundo. Dirigiéndome enseguida a un analista me fue posible encontrar una salida. Al final de ese primer recorrido, siendo aún muy joven, me instalé como analista, inaugurando además una carrera en el marco de la enseñanza en la universidad. Pero bajo el éxito se cobijaba la impotencia. En efecto, me autoricé como analista y rápidamente tuve que responder a un gran número de demandas. Mi práctica seguía entonces el estándar en el cual me había formado, que constaba de sesiones de cincuenta minutos, las cuales concluían con una interpretación más o menos «sabia». Con gran sorpresa constataba que había efectos terapéuticos en un primer tiempo que luego desembocaban en un enloquecimiento del síntoma bajo transferencia. Para ciertas histéricas ello también podía tomar la forma de una reacción terapéutica negativa y, en un caso de psicosis, había visto explotar ante mí una erotomanía transferencial. Los controles a los que sometía estos casos no me socorrían en absoluto.

Muy rápidamente supuse que se imponía entonces un cuestionamiento de esa manera de practicar el análisis, de la forma de interpretar, de intervenir y de manejar la transferencia. Tenía constancia de que algo que se

escapaba a la dialéctica significante, y que no se dejaba domesticar por la palabra, se atravesaba, y en su rígida fijación condenaba la interpretación a la impotencia. Algo que no sabía en ese momento nombrar y que mucho más tarde, en el curso del análisis con Lacan, pude cernirlo como no siendo otra cosa que el goce. Por otro lado, tenía la experiencia en mi propio análisis de la extensión sin límites, de una suerte de caparazón interpretativo que impedía que el análisis llegara a una conclusión.

Por estas razones se volvió urgente para mí viajar a París para formarme, urgencia que necesitó la temporalidad previa de comprender y de concluir.

En cuanto llegué, telefoneé a Lacan para pedirle una entrevista. Su secretaria me respondió que estaba de viaje en Estados Unidos para dar unas conferencias, que no estaba disponible. De todas maneras, fui invitada a volver a llamar la semana siguiente.

Lo llamé una semana más tarde y Gloria, su secretaria, me invitó a renovar mi llamada en la siguiente semana. No sé cuántas veces telefoneé, semana tras semana, como si esta situación se hubiera transformado en un hábito al cual me acomodé, hasta que, un día, la secretaria me pone en comunicación con Lacan: me presento y le pido una cita. Me dice: «¿Una cita para qué?». Le respondo que quiero hacer un análisis con él. Me pregunta si es urgente. Le digo que no, que eso puede esperar. Responde: «¡Venga inmediatamente!».

Estaba dispuesta a la eternidad de la espera y él me colocó enseguida en la urgencia, introduciendo la prisa. Fue la primera lección clínica que recibí de él.

Me recibe inmediatamente, el mismo día. Instalada en un pequeño sillón, me dirijo a él, que me da la espalda, sentado frente a su escritorio. Manipulaba nudos, cuerdas y

cámaras de aire. Me pregunta por qué quiero hacer un análisis. Le respondo rápido y con gran convicción que quiero llegar a ser analista. Le explico que había hecho un análisis, que había comenzado una práctica, pero que no sabía si había hecho un verdadero análisis y si tenía una práctica de analista. Su respuesta entonces fue: «¿Y cuál es su síntoma? ¿Sabe usted qué es un síntoma, dicho de otra manera, qué es lo que la hace sufrir?».

Balbuceo, no había pensado nunca en ello, no sabía cuál era mi síntoma. Lacan me indicó con su pregunta que se hace un análisis no para ser analista, sino para tratar un síntoma. Esta fue la segunda gran lección que recibí de él ese día. Prosigue entonces: «¿Qué es lo que le ha dejado el análisis que usted hizo con B.?». Tontamente le digo: «Cierto saber sobre mi inconsciente». Siempre ocupado en manipular y en observar los nudos borromeos que se acumulaban sobre su escritorio, pero dando la espalda me pregunta: «¿Y por qué le pidió análisis a B. a la edad de diecinueve años?». Aquí le hablo de las circunstancias que me condujeron al análisis, de lo que podría haber sido un acto irremediable, pero que se quedó en el orden de un acontecimiento —que podía interpretarse como un llamado—. Él se incorpora entonces y tomando su sillón lo coloca cerca del mío, y pone su mano sobre la mía. Me pregunta con una voz muy suave por qué quiero hacer un análisis con él, por qué él y no otro. No sé qué respondí. Volvió a hacer la misma pregunta más veces. ¿Tres, cuatro o cinco veces? No lo sé.

Me preguntó también por qué quería analizarme con él y no con Massota. Esta pregunta me sorprendió mucho. Le respondí que había leído a Massota, pero que nunca se me ocurrió pensar en él como posible analista, que además no sabía si Massota practicaba el psicoanálisis.

Introduciré aquí un paréntesis. Oscar Massota se encontraba en ese momento en París y luego me contactó, pues Lacan le había comunicado mi dirección. En esta ocasión me dijo que Lacan le había comentado que recibió a una señora de Córdoba que no sabía si él era analista. También me contó Oscar, en ese encuentro, que Lacan creía que él era también originario de la ciudad de Córdoba, a causa de un malentendido que respondía a otras coordenadas.

Volviendo a aquella primera entrevista con Lacan y ante la insistencia de su pregunta de por qué analizarme con él y no con otro, sé que terminé diciéndole: «Venía a verlo para resolver un asunto con la muerte y que solamente usted, y no otro, podría ayudarme». Hizo emerger con sus preguntas el significativo amo de este asunto, como significativo de la transferencia, lo cual constituyó también una de las enseñanzas que extraje de esta primera entrevista.

Entonces me dijo, siempre con una voz muy suave: «Un análisis es un gran asunto. Antes de comenzar el análisis propiamente dicho, practico lo que es la norma en mi Escuela, las entrevistas preliminares». Y así me despidió dándome una cita.

Estaba conmovida. Me había dado una oportunidad y se había iniciado la partida. Aún faltaba que yo diera mis pruebas para convertirme en analizante. Mi demanda iba a ser puesta a prueba, rigurosamente, día a día.

Muy pronto comprendí que no vendría a verlo para practicar el mismo ejercicio de palabra al cual estaba habituada. De forma que estaba fuera de cuestión hablar de mi papá y mi mamá, de mis sueños, de mi pareja, de mis recuerdos de infancia, de las dificultades cotidianas en Francia, en resumen, de mi estúpida existencia. Si tenía la